

JESÚS LÁREZ BOADA

JUANITO

CUENTO

SAN JUAN BAUTISTA, MAYO DE 1946.



TIPOGRAFÍA DE “EL SOL” – PORLAMAR

JESÚS LÁREZ BOADA

JUANITO

CUENTO

SAN JUAN BAUTISTA, MAYO DE 1946.



TIPOGRAFÍA DE “EL SOL” – PORLAMAR



JUANITO



ON PABLO, Precursor, dueño de unos fundos agrícolas y pecuarios en el País de los Desafueros, ya viejo y enfermo, había abandonado todas sus preocupaciones por el progreso de sus haciendas: la mejora de sus cultivos, la selección de sus ganados, y todo lo concerniente a la más eficiente producción, estaba a cargo de su único hijo a quien a más de una instrucción teórica en una de las mejores escuelas de agronomía y veterinaria hasta entonces conocidas, le había enseñado prácticamente todas sus observaciones y experiencias en esos dos importantes ramos de la producción de su patria.

Ahora el gran empeño del viejo Pablo era formarle a su hijo una conciencia ciudadana y un espíritu de progreso social para adaptarlo a las grandes contingencias de transformación universal que, según su criterio, necesitaba el mundo para llegar a su última etapa de perfeccionamiento, bajo el imperio de la verdad y la justicia. Para el efecto, todas las tardes, después que su hijo regresaba del trabajo, se bañaba, cambiaba de vestido y tomaba una taza de café, se hacía conducir, apoyada la diestra sobre su bastón y la palma de la izquierda sobre los hombros de su nieto Juanito, hasta la sombra

que proyectaba el follaje exuberante de un mamón cincuentenario que había plantado él al frente del corredor de la casa-quinta construida bajo su dirección a la entrada de una de sus mejores haciendas; y el producto de sus maduras reflexiones lo iba ofreciendo al hijo amado en charlas de corta duración, como la siguiente: “Dos tendencias ideológicas han pugnado en el mundo desde que la fantasía creó las épocas de la aparición de las diversas razas humanas sobre la tierra: la propensión de los fuertes a dominar a los débiles; la inclinación de los débiles a conquistar a los fuertes. En nuestro tiempo, como lo debes comprender, son legislaciones o doctrinas las que pugnan; pero doctrinas y legislaciones que en sí llevan el germen del fracaso: Las doctrinas de los fuertes inducen a la barbarie; la de los débiles a la decadencia. Todas son fórmulas egoístas que van en oposición al ideal que persiguen, sosteniendo odios tradicionales de difícil extinción. Es la eterna lucha del lobo contra la oveja o de las hormigas contra el insecto, la que ha venido rigiendo los destinos del hombre sobre la tierra. La eterna consigna de la destrucción de una fuerza por el imperio de otra.

Todas las doctrinas han fracasado en su intento de universalizarse, porque todas llevan consigo ese germen fatal. Ellas han provocado matanzas, destrucción, miseria y otras calamidades que diezman y desperfectonan el género humano.

Pero tras de ese laberinto de legislaciones y doctrinas, consecuenciales de las épocas en que se han desarrollado, brillará algún día un nuevo sol de verdad y de justicia que no necesitará propagandistas para recomendarse ni guerras para imponerse, porque la humanidad tiende a su perfeccionamiento, y la ciencia dará sus frutos en no lejano día.

Sí; el comienzo de esa nueva era vendrá. Ni sé cómo ni dónde ha de empezar, ojalá sea en nuestro país. Tú, pues, llegarás más cerca de ese día, si como yo, llegas a la vejez. Por tanto he de prevenirte para que no te sitúes nunca del lado opuesto al progreso que justifica la ciencia en la verdad

comprobada y en razonamiento irrefutable. Ama la verdad y la justicia aun cuando vaya en detrimento de intereses tradicionales consagrados, de aparente origen histórico. Ten esto por norma, y habrás cumplido mi deseo.

Terminada su charla tomaba de nuevo su bastón, después de acariciar a su nieto quien permanecía oyendo a su lado, y acompañado por su hijo iba a reposarse a su dormitorio junto a su antiguo perrolobo, que lo esperaba vigilante al pié de la silla de tijera, en la cual solía permanecer mientras llegaba la hora de dormir.

Así transcurrió el tiempo hasta que agotado de las enfermedades, murió tranquilo, y satisfecho de su obra patriótica y creadora dejando a su hijo, además de la herencia de sus antepasados la fortuna adquirida a fuer de perseverancia y amor al trabajo, una educación esmerada, y sus profundos conocimientos en las materias a las cuales se había dedicado desde su juventud, con vehementes deseos de perfeccionamiento teórico y práctico.

Tocaba pues al hijo continuar la labor de su padre en la administración de sus fincas, y a ello se dedicó con todo el ardor de su juventud.

Juanito contaba ya doce años de edad, y era el deseo de su padre educarlo con el mayor esmero y dedicarlo al estudio de alguna carrera científica. Y Juanito correspondió a los deseos de su padre con su aplicación y amor al estudio y un saldo de altas calificaciones en todos los exámenes, hasta que llegó a recibir el diploma de Bachiller. Pero aun no se había decidido por ninguna carrera y su padre vivía preocupado por saber la causa de esa indecisión.

Cierto día, ya impaciente en la espera de la resolución de su hijo lo llamó a solas para decirle: Es tiempo oportuno para que emprendas tus estudios en la Universidad; si antes no te había dicho nada fué porque esperaba que tú lo resolvieras después de meditar sobre la carrera que debes

escoger de acuerdo con tu vocación, como te lo pedí cuando regresaste del Liceo con el diploma de Bachillerato; pero como hasta la fecha no me has comunicado nada e insisto en mi propósito de lograr tu ingreso a un instituto científico, te insto a que te prepares para que comiences tus estudios este año.

El joven con su amable expresión adolescente, satisfecho del amor paternal, recordó la voz de su extinto abuelo, y le pareció oír una vez más: “brillará algún día un nuevo sol de verdad y de justicia que no necesitará propagandista para recomendarse, ni guerras para imponerse”; y respondió a su padre en los términos siguientes:

La intención de Ud. es loable, loable por ser inocentemente bien intencionada, pues el efecto del fin que persigue es molesto y casi nulo. Toda carrera dignamente conservada, será una esclavitud o un fracaso en esta tierra, mientras no ilumine el sol de verdad y de justicia. Por tanto os ruego que me dejéis en paz a fin de tener tiempo suficiente para buscar la fórmula de hacer brillar ese sol del cual hablaba mi abuelo. Necesito tiempo para pensar y los estudios me quitarían ese tiempo precioso. Pensar para crear, porque estudiando no se crea. Sé leer bien; pose nociones de todas las ciencias; mi camino está abierto. Si mi inteligencia es superior, como me lo han afirmado mis profesores, sólo me resta pensar. Sí; reflexionar para concebir, ora sea sobre el orden material o en el intelectual. Los que se instruyen leyendo llegan a ser eruditos; quienes estudian pensando pueden llegar a ser sabios. Como la nave necesita el timón para seguir recta y segura al punto a donde se dirige, la inteligencia necesita una dirección: la lógica, para llegar al fin que persigue. Mi inteligencia esta provista de esta dirección: la enrumbaré pues, hacia el horizonte ignoto do moran las originalidades científicas y captaré la fórmula esencial, para hacer brillar ese sol de verdad y de justicia que habrá de acabar para siempre con la eterna comedia que aun sostienen los supuestos redentores de la patria.

Si, papá, sólo necesito meditar y a ello dedicaré mi vida hasta encontrar esa fórmula. Una vez encontrada quizá tenga también que trabajar mucho

para materializarla; tal vez necesite recursos con que llevarla a efecto, según sea la que descubra; pero en tal caso la fortuna de usted me ayudará, y será mi gran satisfacción ver empleado el fruto de los esfuerzos de mis antepasados en la realización de empresa tan digna como sería la de hacer resplandecer en el país ese astro que no irradiará fuego de odios sobre las hogueras pasionales levantadas por los fuertes, ni calcinará las vallas protectoras de los débiles.

El padre, que venía observando en el hijo su tendencia al aislamiento y una como manía investigadora del origen y composición de materias, fluidos, etc., que iba acumulando en pequeñas cajas y frascos al lado de morteros, probetas, en infinidad de objetos que constituían su laboratorio con adición de algunos aparatos eléctricos para estudios de física y química, pensó y dijo para sí:

Pobre hijo mío! Las ideas que por inadvertida imprudencia mi viejo me expuso delante de él, tal vez obrando como una lección prematura quedaron grabadas en aquella mente infantil para convertirse en el curso de su vida en tema persistente y obsesionante que acabará por absorber todas las energías intelectuales de ese joven.

Buscar la fórmula que ha de hacer brillar el sol de verdad de justicia ¡Oh, irrisoria pretensión! Querer adelantar una transformación que requerirá siglos, en la época presente con fórmulas doctrinarias o científicas! Sería como pretender unificar las diversas actividades y aptitudes para un fin único de utilidad colectiva; establecer la armonía que es ley universal de las actividades intelectivas y morales de los hombres.

Si la armonía existe en conjunción permanente de esos cuerpos por un equilibrio de fuerzas establecido en milenios de épocas sucesivas, el hombre, átomo que resultó de las consecuencias de ese equilibrio latente del universo, seguirá evolucionando en el orden intelectual, hasta equilibrar en el curso de

los siglos todas sus fuerzas morales sobre bases de maduras experiencias milenarias. La ley de la evolución no se apresura ni se retrasa: lenta, armoniosa como el crecimiento del árbol, conduce a la humanidad a su estado adulto, sazónando los frutos de estudios y observaciones.

Haré lo posible por ocultar esa pretensión de realizaciones prematuras, cumpliendo el deseo de mi padre. En todo caso es una tendencia al progreso.

Mi hijo no logrará el fin que persigue, pero sus pasos van dirigidos por la senda de ese progreso que justifica la ciencia en la verdad comprobada y en el razonamiento irrefutable.

Le dejaré, pues, abandonado a sus pensamientos.

Entre tanto, Juanito iba enriqueciendo su laboratorio científico con nuevos artefactos donde la electricidad jugaba un papel importante. El local se hacía pequeño, los gastos, excesivos.

Vino luego la intervención de la madre, quien hasta entonces había permanecido ignorando los propósitos de su hijo, y que sólo juzgaba aquellas actividades de laboratorio como meras curiosidades de estudiante; pero que sorprendida por el anuncio de una cuantiosa erogación de dinero con fines experimentales, se alarmó y recordó a uno de sus antepasados, quien había con sagrado toda su vida al estudio de fórmulas para convertir todas las materias vivas, vegetales y animales, con excepción de las venenosas, en alimentos exquisitos para el hombre, a objeto de evitar el inconveniente que proporcionan las selecciones de plantas o seres inadaptables a los climas y estaciones en los diferentes países de la tierra, y quien sostenía la siguiente tesis: “Todos los hombres pueden alimentarse con lo que, de modo espontáneo produce la tierra. Destruir una planta adaptable a un medio para cultivar

una inadaptable es absurdo, favorecer esa producción espontánea de la tierra, procurar la mayor reproducción de esas especies son las normas científicas más aconsejables; y luego, convertir los componentes de esos seres en apetitosos y nutritivos alimentos para el hombre.

La madre pensó: ¿habrá descubierto mi hijo ese volumen de legajos manuscritos donde mi bis-tío dejó grabados los resultados de sus análisis y fórmulas químicas?

Corrió hacia el sitio donde tenía el cofre que guardaba aquella curiosidad de familia, pero no observó ningún detalle que acusara la violación de su secreto, por eso se preocupaba por ocultarlo ya que algunos contemporáneos de aquel deudo extinto, cuando ella les consultó sobre la publicación de tal obra, le aconsejaron que prescindiera de esa publicación por el riesgo que correría de ser catalogada como el resultado de las elucubraciones de un loco.

Qué, pues, perseguía su hijo en sus actividades de laboratorio? Habría heredado de su tío esa manía investigadora de extrañas fórmulas, y tendría como él, el fracaso por resultado y el apelativo de loco como recompensa de sus trabajos y desvelos? Acaso alguna tara fisiológica era la causa de esa extraña inclinación de Juanito?

Y concluía: es necesario la intervención de un alienista. La procuraré de la forma más disimulada que me sea posible. Debemos desviar esa inclinación errada. Mi hijo debe seguir una carrera; la medicina, como son mis deseos.

Aprovechando la hora en que aquél dormía la siesta, se acercó a su esposo para proponerle el plan que ya había fraguado: Saldremos en viaje de paseo a la Capital y hablaremos con el mejor alienista extranjero, a fin de que éste trate de conocer a nuestro hijo y en la intimidad de la amistad procure

examinarlo en toda forma y averigüe si padece de alguna anomalía congénita o lo afecta alguna oculta enfermedad incurada.

En efecto, como lo pensó la madre, salieron para la ciudad y dirigieron al consultorio del más recomendado de los especialistas, en enfermedades del sistema nervioso recién instalado en la ciudad, cuyo nombre era generalmente conocido por sus trabajos científicos divulgados en importantes revistas médicas de muchos países.

Al llegar al edificio donde trabajaba el Dr., el portero los recibió amable y cortés, en el salón de espera donde permanecieron sentados viendo desfilar de turno en turno a los clientes ya tratados que les habían precedido en su llegada.

Por fin, el portero los condujo a la puerta del consultorio donde fueron recibidos amablemente por el médico. Adelante y sentados, dijo el Dr. ¿Se trata de dos enfermos? No, de uno solo respondió uno de ellos. Os pregunto, porque no debo permitir la entrada de dos enfermos a un mismo tiempo. En el caso ¿cuál de los dos es el enfermo? Ninguno de los dos contestó al señor. —Pues bien— si vuestra presencia aquí tiene el carácter de una visita, siento comunicarles que en este consultorio puedo atender únicamente a los enfermos. Pero,..... insistió el señor,..... Ningún alegato es justificable; aquí tienen una tarjeta con la dirección de mi vivienda donde podré recibirlos de 8 a 9 p. m., y llamando al portero los hizo conducir hasta el pórtico después de acompañarlos hasta la puerta del salón.

Algo descontentos, pero conscientes de las razones del doctor, se alejaron, previa autopresentación y cumplidos de etiqueta, despidiéndose hasta la noche de ese día.

Por la noche hicieron la visita ofrecida, y el padre de Juanito tomó la palabra al terminar la ceremonia de rigor. Queremos, Dr., que Ud. se

encargue de averiguar si un hijo nuestro sufre o nó alguna enfermedad mental; pero no hemos querido alarmarlo con proposiciones acerca de la conveniencia de hacerse examinar, pues no da demostraciones de anormalidad. Lee, trabaja, y en todos sus actos se refleja completa posesión de sus facultades. Sinembargo, (y quiero que esto sea un secreto para Ud. como lo ha sido y seguirá siendo para mí), desde hace tiempo ha dado en la manía de hacer brillar el sol de la verdad y la justicia en el país.

—No estaría mal, magnífica idea! Pero parece tan irrealizable que su empeño podrá serle fatal si adopta medios quijotescos. Bien, ¿y en qué forma quiere Ud. que intervenga? Ese caso necesita de observación y no podría yo sino tratando a ese joven, observándolo detenidamente y sometiénolo a minuciosos exámenes, juzgar de su estado de salud.

—Nosotros estamos dispuestos a remunerar con largueza cuanto haga Ud. en este caso, en bien de nuestro hijo, y dejamos a su criterio el modo como podrá actuar con la mayor discreción posible.

—¿Tiene el hijo de Ud. algún pariente o amigo con quien salga algunas veces a la ciudad o a otros sitios?

—Sí, varios, pero el más íntimo con quien sostiene largas entrevistas, es su primo Antonio.

—Es suficiente que me anoten su nombre completo y su dirección. En cuanto al comportamiento de Uds. debo decirles que si llego algún día a su casa, se manifiesten desconocidos para mi, a fin de que no quepa ninguna sospecha en relación con las intervenciones de Uds. como motivos de mis gestiones profesionales.

El Dr., interesado por el raro caso que se le acababa de presentar, preparó el terreno para sus indagaciones científicas en la siguiente forma:

Inquirió disimuladamente por las actividades de Antonio, y supo que era estudiante de Derecho. Trató de frecuentar los sitios de recreo de los estudiantes logrando al fin localizarlo y entablar amistad con él. Se cambiaron visitas y en una de éstas le manifestó: Deseo conocer los alrededores de la ciudad. En las hermosas fincas que la circundan, me dicen que hay paisajes bellísimos, sitios admirables. Pero no conozco los dueños de esas fincas ni persona que pueda conducirme a alguna de ellas con la confianza que requiere el caso.

El joven no vaciló en ponerse a la orden del Dr. y aplazó la primera salida para el día siguiente que era de descanso, pensando en la finca de sus tíos y en la sorpresa que iba a darles tanto a ellos como a su primo Juanito, con la presentación de aquella visita distinguida.

Domingo! Fresca, mañana primaveral! Por la angosta carretera como bajo un túnel de tupido follaje formado por las ramas entrelazadas de los árboles frutales se deslizaba, adentrándose en la región cafetera, el recién estrenado coche de líneas elegantes, propiedad del doctor, quien lo manejaba llevando a su lado al joven Antonio que era su guía. De pronto a una señal de éste con la palma de la mano, el Dr. frenó el coche y preguntó: —Dónde estamos? —En una de las mejores fincas de mis tíos. Esa que ve allí en la entrada es la Casa-quinta donde reside la familia. Ya tendré el gusto de presentarlos y con ellos pasaremos el día.

Agradecido! Es un lugar magnífico para recrear el espíritu en la contemplación de la naturaleza y descansar de las agotadoras recreaciones de la ciudad: aire puro; variedad en los paisajes; ausencia de ruidos ensordecedores, todo cuanto proporciona reposo y esparcimiento. Seré desde hoy un constante visitante de estos parajes.

Pues aquí le bastará con la amistad de mis tíos que son espléndidos con sus amigos y les son altamente gratas las visitas de personas cultas.

Así hablaban, mientras se iban acercando a la casa que distaba algunos pasos de la carretera, dejando el carro a la puerta de la hacienda.

Vinieron en seguida las presentaciones, y el Dr. fué acogido con la cordialidad característica de la familia y después de algunos momentos de ameno intercambio de gratas expresiones, fueron invitados los visitantes al comedor a tomar un suculento desayuno.

Juanito no cabía de gozo, como cada vez que tenía oportunidad de estar cerca de su primo.

El Dr. seguía paso a paso con su mirada escrutadora de médico vocacional, los ademanes y los hechos del joven en observación.

Este daba demostraciones de gran exaltación y alegría inusitada, lo cual parecía reflejarse en su primo: andaban inquietos, como si el ambiente colectivo no les agradara y buscasen algún pretexto para alejarse.

El observador, hombre de experiencia y cultura refinada, juzgó que aquellos jóvenes gozarían tal vez en sus secretas expansiones, comunicándose algunas noticias de aventuras propias de estudiantes, o cosas parecidas, como acontece entre parientes íntimos y comunicativos.

Con el fin de cerciorarse de si aquella actitud tenía alguno de los motivos que se imaginaba o era algo anormal, buscó pretexto para dejarlos libres manifestando deseo de reposarse algunos minutos antes de disponerse a pasear por la finca, pues había dormido poco en la noche a causa del cumplimiento un deber profesional.

Le ofrecieron una muelle cama en uno de los regios dormitorios de la casa, pero él manifestó que era suficiente con una silla-cama de las que se encontraban en el ancho corredor, la cual la colocaron, previa su elección, de

bajo de uno de los frondosos árboles del patio, ofreciéndole una fina almohada para descansar la cabeza.

Libre de su visitante, Juanito muy contento puso sus manos sobre los hombros de Antonio y se fueron retirando por una de las calles que formaban dos hileras de naranjos florecidos hasta internarse en la hacienda para entablar su diálogo.

—Cómo van tus estudios de Derecho?

—Hasta el presente bien; mis calificaciones son buenas. Espero que en este año, como en el pasado, tendré éxito en los exámenes.

—Y de nuestra consigna? Qué tal de proyectos para la Legislación Nacional? Estás siempre de acuerdo con nuestro pacto? Yo no ceso en mis investigaciones, buscando por medio de la física y la química el arma que me permita dominar las multitudes sin restarle habitantes a mi patria; pero sabes que cuento con tu cooperación ofrecida para redactar la Ley que satisfaga las aspiraciones de esas complejas multitudes, contribuyendo así a darle estabilidad a mi dominación. Tú y yo en la prosecución de un mismo fin: hacer brillar el sol de la verdad y la justicia en esta patria que habrá de ser precursora de la perfecta armonía social de la humanidad.

—Debo advertirte que en este año no me puedo concretar de lleno a esa tarea; pero como nuestras ideas sobre la materia viven en mi mente, dedico algunos momentos a la formación de un proyecto cuya forma perfecta no podremos dársela hasta después de haber terminado mis estudios. Sin embargo, puedo decirte que estoy muy satisfecho de todo cuanto se me ha ocurrido al efecto y espero que al terminar nuestra obra será algo original y eficaz.

—Y tus progresos en física y química ¿cómo van? Puedes decirme en qué forma obrará esa arma que tratas de inventar para dominar y conquistar las masas? Ha de ser algo tan perfecto que supere a todo lo inventado hasta hoy.

—Nada de esto puedo decirte. No debo adelantar vaticinios; pero tengo fé y confianza en el éxito de mis últimos descubrimientos los cuales aplicaré en beneficio de la Patria que aun espera su redención. Dominar las multitudes, crear un ambiente de armonía nacional en el orden político y social; satisfacer todas las aspiraciones de ese conglomerado sin restringir sus comodidades, esa ha de ser nuestra consigna.

Hace diez años que hicimos este pacto y quiero que hoy como cada vez que tenemos ocasión de vernos a solas reafirmemos nuestros propósitos. Dame la mano en señal de reconocimiento de tu antigua promesa.

Antonio alargó la mano la cual apretó Juanito entre la suya con entusiasmo. Luego serios y pensativos se fueron acercando lentamente al patio de la casa, donde cambiaron de actitud sorprendidos por la voz del doctor interrogándolos acerca de sus impresiones en el corto paseo que acababan de efectuar.

Desde ese día el médico se interesó mucho por Juanito y no escatimaba medios para lograr someterlo a un examen especial alejando a tal fin las normas de higiene personal tan descuidadas por la mayoría de los seres pero que son en todo sentido la mejor previsión contra las enfermedades.

En una de sus visitas, haciendo uso de la confianza que mediaba ya entre él y Juanito, acometió su primer intento de conquistar aquella voluntad para el logro de sus investigaciones, y comenzó: ¿Nunca ha consultado Ud. a ningún médico; ha sido siempre muy sano?

—No he tenido necesidad. Creo que mi organismo funciona normalmente. Nunca he sentido síntomas que puedan acusar anormalidad o falta de buen funcionamiento de mis órganos; por eso no me he preocupado por las consultas médicas.

—Aunque Ud. se crea sano, debe ser norma de su higiene personal someterse periódicamente a un examen clínico pues es muy frecuente que bajo el aspecto de un sér completamente sano se oculta el germen de alguna enfermedad que cuando menos lo esperemos, nos ocasione consecuencias desagradables y penosas; necesitamos de la dirección de una mano experta en higiene que nos trace los métodos individuales a seguir en cada caso para el logro y la conservación de la salud perfecta, porque adolecemos de alguna deficiencia orgánica innata que se puede corregir, o somos con frecuencia, víctimas de inadvertidos contagios cuyos efectos pueden ser evitados, mediante la intervención de oportunas previsiones científicas.

Yo me sentiría satisfecho si Ud. quisiera aprovechar mis servicios en ese sentido y para el efecto se los ofrezco gustoso, rogándole que no desoiga mis consejos, pues aunque lo considero gozando de una salud envidiable, la medicina moderna aconseja en ese caso las frecuentes intervenciones médicas como la mejor medida profiláctica para conservarla.

—Agradezco en mucho, doctor, sus sabios consejos. Yo estaré alerta en la manifestación de cualquier síntoma de enfermedad que se me presente para aprovechar la generosa oferta de Ud. y utilizar sus profundos conocimientos científicos, ya que hoy no juzgo tan necesaria la molestia que Ud. quiere tomarse.

—Insisto: para mí eso sería un placer y no una molestia. El conocimiento de la constitución orgánica de un sér es una satisfacción para los profesionales que, como yo, se preocupan siempre por la parte científica de la profesión y tienen a menos los intereses comerciales de la misma.

Entregarse a un médico vocacional para ponerse bajo su observación, aun gozando de una salud a toda prueba, es ofrecerle una lección de Anatomía, porque existen diferenciaciones en los seres humanos en cuanto a sus constituciones y fenómenos fisiológicos que van marcando día a día las

causas de ciertas tendencias naturales cuyo control o atenuación pueden lograrse si en época oportuna de la vida nos dedicamos a equilibrar con acierto y constancia esas fuerzas, perturbadas por excesos o deficiencias en algunas de las fuentes de energía que deben integrar en ordenada y perfecta asociación, el funcionamiento normal del individuo, para su prolongada estabilidad en el medio ambiente que lo rodea.

Es conveniente que Ud. sepa cómo está constituido su organismo; si alguna supersecreción o tendencia atrófica glandular, por ejemplo, le provoca o puede provocarle alguna inclinación o hábito cualquiera tenido por Ud. como un placer cuando no es más que el efecto de una demanda temperamental, altamente nociva que podría corregirse con métodos científicos de recomendada eficacia.

Así continuaba el Dr. en su charla, hasta que Juanito convencido por la magia de una lógica irreprobable, convino en someterse a los exámenes médicos y para el efecto ofreció ir a la clínica del doctor cuantas veces fueran necesarias y observar las indicaciones que le fuesen prescritas.

Satisfecho el galeno del resultado de sus gestiones, se alejó aquel día de la quinta de sus amigos lleno de gozo, y dispuesto trabajar con el mayor interés en beneficio de su nuevo cliente.

Los esposos comprendieron en las miradas inteligentes y disimuladas del médico el logro obtenido en aquella entrevista que habían observado a distancia y, llenos de satisfacción y esperanzas, vieron partir a su consultor sonriente y optimista.

Dos meses habían transcurrido desde el día en que el Dr. logrará el asentimiento de Juanito para someterlo a los exámenes clínicos que, aunados

a las detenidas indagaciones de su pasado y a las constantes observaciones mediante su frecuente trato con él, le hicieron llegar a la conclusión de que predominaba en las actividades mentales de aquel sujeto el efecto de una antigua sugestión que afectó su mente impresionable hasta el punto de convertirse en una idea persistente cuya solución buscaba con el ardor y fé propias de un espíritu investigador que busca nuevas orientaciones para avanzar, por donde la generalidad sólo ve simas de indecibles pendientes.

Y un día, en la intimidad del hogar, ausente Juanito, comunicó a los padres de éste los resultados de sus trabajos clínicos y prácticos sobre el caso, llegando a las conclusiones predichas.

Los padres aunque satisfechos por el diagnóstico satisfactorio en cuanto a la salud de su hijo, seguían preocupados por sus continuas exigencias que, según el criterio de ambos, se harían interminables dada la circunstancia de que para lograr su objetivo su hijo necesitaría realizar la impracticable tarea de encauzar la colectividad por el sendero de unas mismas tendencias y costumbres.

El Dr. dedujo de las expresiones de sus interlocutores un estado de angustia y pesimismo, y optó por darles algunos consejos antes de despedirse, expresándose así; El hijo de Uds. puede catalogarse entre los hombres que continúan, por la trayectoria de un gran ideal para materializarlo, haciéndolo prácticamente realizable; es de esos seres que no van por la senda de las idealizaciones de la fantasía sino que, firmes y resueltos, marchan por él, sendero de las creaciones prácticas hacia un fin de edificantes proyecciones.

El imperio de la verdad y la justicia ha tenido muchos precursores y ninguno dejó establecido el principio sobre el cual pueda afianzarse esa conquista. Las normas doctrinarias existentes son tan ineficaces que la mayoría de sus adeptos difieren en la práctica de la mente que las inspira y

convierten al fin sus hipócritas exteriorizaciones en transparentes máscaras de sus genuinas aspiraciones.

Ese joven, según mis observaciones, ha orientado sus propósitos por el sendero de la realidad. Mi opinión es que le dejéis trabajar, y ya que no logrará el objeto de sus esfuerzos, al menos dará el primer paso acertado hacia el logro de un fin edificante y progresista. Él, cuando menos, será el precursor de un medio adecuado para lograr la solución de un problema universalmente anhelado que algún día habrá de culminar apoyado en las futuras conquistas científicas.

He aquí mis deducciones y consejos: No os preocupéis por las demandas de dinero de vuestro hijo, pues ellas serán, seguramente, el costo de la fama de quien como él señalará un nuevo rumbo hacia los caminos intransitados de la realidad creadora. Guarda el secreto para la conquista de una de las más nobles aspiraciones del hombre: el imperio de la verdad y la justicia.

Juanito había ido a pasar ese día en un bello paraje de otra de las fincas de su papá, y sentado sobre una roca calcárea de aspecto marmóneo al margen de una quebrada de exuberante fronda, solitario y pensativo monologaba:

Doctrinas religiosas; leyes socialistas; legislaciones diversas; son las vías transitadas hasta hoy por los presuntos redentores de la humanidad.

Doctrinas y leyes que van adaptándose, con frecuentes cambios en la práctica de lo que fueron en sus orígenes, a las tendencias incambiadas del género humano.

Oh, doctrinas y leyes, vos sois como el cuerpo que origina la llama para luego convertirse en víctima de esta. Pero ha de llegar el día en que de las

cenizas de vuestras figuras multiformes y complejas, salga, cuál de las de un fénix mitológico, la nueva forma doctrinaria de universal adaptación que una, bajo el imperio de su indiscutible eficacia, las diversas mentalidades que pugnan por el establecimiento de diferentes ideologías creando un ambiente de odios y luchas estériles que retrasan el progreso agotando las energías creadoras de los hombres.

Vos sois, oh, doctrinas y leyes, cual diversas enfermedades originadas por una misma causa; pero yo he descubierto el modo de combatir esa causa.

Sólo me falta llevar al terreno de los hechos mis nuevos descubrimientos. Mi primo me ayudará a codificar las concepciones legislativas que serán cual medidas profilácticas para conservar inmune de un nuevo contagio la localidad germinadora de tantos males.

Sí, valor y fuerzas; fé y constancia, y el triunfo será nuestro. Adelante!

Juanito parecía inspirado en aquel momento por la concepción de alguna idea original capaz de proporcionarle el logro de sus nobles aspiraciones.

Sacó del bolsillo papel y lápiz, escribió largo tiempo y luego se encaminó por una vereda que conducía a la casa de los trabajadores de la hacienda donde sostuvo con ellos, que hacían la siesta, larga y agradable charla, dirigiéndose con frecuencia a Efraín el mayordomo de la finca, hombre entrado en años pero fornido y ágil muy inteligente aunque desgraciadamente analfabeto.

Más Juanito para apreciar mejor aquellas disímiles mentalidades abandonándolas a sus libres esparcimientos, aparentó dormir en la hamaca donde reposaba y no tardó en oír a Efraín, primero, que delante de sus camaradas no usaba comedimientos y era más locuaz y expansivo.

—Miren, muchachos, desde que me conozco me tienen mariao con eso de qui que van a componél mundo pa' quiuno no trabaje tanto, pa' que coma güeno y se vista y pueda mandá sus muchachos a la escuela en vez de tenelos porai desde chiquiticos, trasnochándose, arriando toros, y comíos de garrapatas en los pastoreos e ganao. Pero to se güerve conversación y más ná. Yo lo que les digo es que el too es encontrá un hombre güeno con quien trabajá, así sea qistiano o ateo; un hombre que tenga consencia pa' consideralo a uno. A mí me tocó trabajá con aquel viejo Güenseslao de la banda allá mas rezaó qui un cura que se guindaba su rosario toos los días muy po la mañana, cogía su libro e misa y se iba pa'la Iglesia y qui a confesase y comulgá. Pus ese viejo con toa su santiá nos levantaba de madrugá pa' mandanos a ordeñá las vacas, a pelá la yuca y los cambures pa racionanos en el día, a barré y a buscá agua pa' los oficios, y como, si eso no juera trabajo, en los arreglos nos pagaba como a los que trabajaba su jorná completo de 6 a 12 y de 1 a 6 na más y van a dormí pa' su casa. En el día no nos quería dejá descansá ni un momento como si juéramos animales. Y siempre estaba con su cantaleta qui quiuno debe sufrí en este mundo pa' i a gozá pa' la otra vida, y si es tan güena la otra vida, ellos porque no cambian con nosotros, pa' que se vayan gozá con San Pedro y toos los santos.

Así son toos, el too es engañalo a uno pa' ellos viví bien de nuestro trabajo y sacrificios.

Yo después que conseguí trabajo con el viejo Pablo, aunque dicen que es un escomulgao, e vivió mejor; mis muchachos aprendieron a leé y escribí y no si han matao tanto; poreso no los dejé nunca; ni dejó a su hijo que saco las mismitas costumbres del viejo. Aquí trabaja uno sus horas convinientes, le dan que comé y le pagan completo, no como casa el viejo, ese Güenseslao que le pagaba a uno con ropa, aguardiente y tabaco, pa' ganale la mayó parte del salario con precios más subíos que los de las bodegas del pueblo. Y si uno le exigía los riales, nunca tenía con que pagá completo.

Uno de los peones tomó la palabra: Oh, caray! Yo trabajé allá en Güerta el Diablo con un hacendao que decía qui que era de la familia e Moisés uno qui que hablaba con Dios. Ese decían que se acostaba boca abajo entre su casa el 12 del mes de octubre de toos los años, sin comé ni bebé y qui a esperá el Mesías; renegao como ninguno. Pa' podeme pagá tuve que cojele unos corotos caros porque no le gustaba sacá plata pa' na de lo avaro qui era, ni podía uno hacelo llamá con la Autoriá porque por lo adulón que era toos le guardaban más consideración qui a uno.

Así continuaba charlando la peonada hasta que llegó la hora de levantarse para coger de nuevo el trabajo, cuando el viejo mayordomo dispuso: Vámonos pa' el tablón del sur a esguayucá la caña que farta pa' dejá eso listo, que mañana comenzaremos a cortá la de la banda el este

Juanito después de haber oído con atención a aquellos hombres rústicos en cuyas mentes albergaba una filosofía natural, esperó que se ocultaran entre las plantaciones próximas, y luego se levantó para continuar en la soledad, al pié de una cepa de palmeras mecidas por un suave y fresco cierzo, abstraído en sus profundas meditaciones.

Y en su monólogo mental continuaba: Hambre! Desnudez! Ignorancia! Enfermedades! Vos sois eternos enemigos de la paz; victimarios del orden; escandalizadores de los mentirosos e injustos; Sois la verdad que salta a la vista por sobre el velo con que ha pretendido ocultaros los presuntos redentores de la humanidad; Sois la protesta de la conciencia atada con las sogas de la resignación condicional, en un angustioso gesto de anhelo de sabia liberación.

Hambre, desnudez, enfermedades e ignorancia: Ya conozco vuestro origen; sé quiénes mantienen vuestro reinado en nuestra Patria.

En estas meditaciones fué sorprendido Juanito por el contacto de una mano amiga que posó sobre sus espaldas.

—Justo! Qué sorpresa! Qué te ha traído por aquí?

—Lo de siempre, chico, mis negocios.

—Entonces...alguna negociación con el viejo. Piensas comprarle algunos productos de la hacienda?

—No; hoy no se trata de compras a tu papá. Vengo a solicitar tu cooperación para una campaña humanitaria relacionada con el alza escandalosa de algunos productos de primera necesidad.

Y en qué sentido puedo servirte? Como siempre, estoy a tus gratas ordenes

—Sabes que el gran mayorista del pueblo, Pepito Bárbaro, acaparó casi todo el producto de los granos de la cosecha de este año. Nosotros, los minoristas, compramos lo que pudimos en proporción a nuestros capitales y vendimos calculando una ganancia del 20%; pero es el caso que nuestras existencias se han agotado, y ese señor, quien nos provee todos los años, pretende continuar con sus exageradas especulaciones del 200%.

Tú conoces la miseria de nuestros conterráneos; su pobreza exagerada a causa de la escasez de trabajo en esta época del año y de los exiguos salarios que le paga la casi totalidad de los hacendados a pesar de vender sus frutos a inmejorables precios establecidos en las plazas que hasta ayer les proporcionaban buenas utilidades como para remunerar a sus trabajadores con equidad y atender a todas las posibles contingencias, sin mengua del aumento de sus capitales.

—Bien, Juanito, yo conozco tus sentimientos humanitarios y sé que tienes buen trato con Epaminondas, Presidente de la Agrupación Socialista, de esta región y deseo tu intervención a ver si logramos que fijen precios

moderados de modo que podamos detallar esos granos, poniéndolos al alcance de todos los bolsillos.

Debo también advertirte que se habla de negocios secretos con Epaminondas y otros, o sea que son socios en esas especulaciones.

—No te extrañe esa noticia. Conozco a Epaminondas y sus contactos con los otros; es uno de tantos farsantes que hacen de toda doctrina una obra teatral y se convierten en sus más hábiles intérpretes; y como éstas son imperfectas acaban por anularlas.

Las doctrinas conocidas hasta hoy han venido a ser cual comedia en acción sobre el escenario mercantil de los privilegiados. Y la consigna de estos continúa siempre anulando los efectos de aquéllas, dentro de la aparente práctica de sus postulados. Es el eterno acedio al idealismo por el materialismo disfrazado o el idealismo impotente en brazos de la materia desordenada que la domina con su esencia corruptora.

Sí; apartarse del idealismo, y canalizar, para encauzar la materia en un eterno esfuerzo de perfeccionamiento, sería como ir perfeccionando la máquina generadora de gas sin pretender que el gas por sí solo modifique la estructura de la máquina.

Y continuó: Sería humanitaria y noble nuestra interrupción; pero estoy seguro de que todas nuestras gestiones serán infructuosas, los avaros son, en este sentido, como los niños malcriados; se exasperan y obran siempre contrariando las demandas que se les hacen, demandar justicia y humanitarismo de esa clase de seres sin escrúpulos, sería excitarlos a acrecentar la crisis que han provocado. Tratarán de convencernos con subterfugios y sandeces y continuarán con sus manejos deprimentes restándole energías a nuestro pueblo. Ellos como los curanderos ignorantes que diezman poblaciones con sus intervenciones inconscientes cuentan con

sus prosélitos que, en vez de empujarlos a una merecida y justa expiación en el descrédito, les dan por recompensa fama y glorias.

Su situación privilegiada es la credencial que legaliza sus desmanes.

Pero la hora de la justicia llegará. Ellos mismos aceleran su llegada. Dejémoslos obrar, que con sus procedimientos ensanchan la vía por donde va a transitar el piquete salvador.

Justo, que había oído con atención las palabras de Juanito, prorrumpió: Sinembargo nos queda un recurso y a eso he venido. Nunca estará demás hacer la diligencia. Quiero que me acompañes, entre otros, a firmar esta solicitud de morigeración de los precios por intervención de las autoridades competentes a quienes va dirigida. Y metiendo las manos en el bolsillo, sacó un pliego que presentó a Juanito, quien, después de leerlo manifestó: Noble y digna es la gestión que piensas hacer, mas ella sólo añadirá una escena más al sainete de las componendas convencionales, y agregó: cortar un ramo al árbol de la especulación para ver brotar nuevos chupones que multipliquen sus propiedades absorbentes.

Espera....ya llegará el día en que será arrancado de raíz ese árbol y la humanidad podrá gozar un nuevo ambiente de prosperidad bajo el reinado de la verdad y la justicia.

Juanito con fines revolucionarios, estudiaba la producción y aplicación de un gas letárgico cuyo efecto temporal sólo obraría en aquellos que no fuesen provistos de una máscara especial cuya construcción también estudiaba. Con estas armas pensaba él dominar la soldadesca, y desarmarla sin derramamiento de sangre. Pondría las armas en manos de sus amigos jóvenes que habían estudiado militarismo y se apoderaría de la Nación.

Una vez instalado en el Poder organizaría un plan de economía nacional y finanzas; y acordado con su primo dictaría leyes originales que

dieran al traste con las que él consideraba un montón de papeles inútiles de interminables modificaciones, producto de las mentalidades mediocres de su país.

Ya todo en vías de realización mediante sus acertadas y secretas combinaciones con la juventud progresista de todas las regiones de la nación. Juanito se dispuso a efectuar una excursión exploradora a una de las casi inaccesibles montañas que formaban parte del patrimonio de su padre, cimas inexploradas de las cuales no se tenía ninguna noticia importante y cuya virginidad, se decía habían tratado de conservar sus antepasados como reserva forestal propicia a la conservación de las fuentes que regaban las llanuras cultivadas, en los períodos de sequía.

Como acostumbraba en sus frecuentes salidas por el interior del país, se despidió sin señalar la dirección de su viaje, llevando las alforjas repletas de cuanto juzgó indispensable para su excursión, acompañado de un fiel servidor de su padre, silencioso y hermético a quien apellidaban «El Mudo» sus congéneres de la hacienda «La Libertad», donde trabajaba por su carácter único entre ellos; y a quien estaba demás recomendarle reservas, pues nunca repetía lo que supiese por extraño que le pareciera.

En un potrero cercano al pié de la montaña dejaron las bestias que los conducían y continuaron, para emprender la peligrosa ascensión por entre riscos y peñas, rompiendo maleza, escalando rocosos trayectos donde la esterilidad de la superficie hacía más difícil el ascenso. Por fin llegaron jadeantes y maltrechos a la cima.

Al bajar por el lado opuesto con fines de exploración, Juanito fué sorprendido por un raro fenómeno de la Naturaleza: Una enorme boca de forma ojival que había abierto el reciente deslizamiento de una gran roca, daba paso a una amplia vía subterránea iluminada por filtraciones de los rayos solares a través de las claraboyas perpendiculares formadas en la

bóveda de formación granítica. Era éste un nuevo y raro camino de pendiente ondulada con graduaciones del 5 al 10%

El explorador pensó y dijo para sí: esta montaña semeja un monstruo: he aquí su boca; esa vía me representa su esófago, y es probable que alguna cavidad mayor, formada en su interior haga el papel de estómago. Descenderé hasta él y quizás descubra en su interior alguna substancia que su digestión de siglos haya convertido en parte en materia apropiada para remediar las grandes necesidades del país.

Así pensando emprendió su marcha exploradora a través de aquella vía, contemplando admirado tan perfecta obra de la naturaleza. De pronto un nuevo hallazgo llamó profundamente su atención, al llegar a una gran planicie: era una materia de consistencia metálica que al frotarla con las rocas adquiría el brillo y el tono de una aleación de cobre y oro, y que en el interior de aquel *monstruo* era abundantísima.

Un nuevo metal! se dijo. Sueño de mi fantasía convertido en realidad! He aquí la solución del problema para las grandes necesidades de la patria! Discreción, estudio y adelante!

El sol de la verdad y la justicia no tardará en iluminar este país.

Un nuevo plan me propongo.

Valioso aliado se ha presentado en mi camino!

Oh! planeta fuente inagotable de prodigios, me ofreces en tus entrañas este presente y creas con él, como por efecto de magia, un nuevo rumbo a mis elucubraciones. Llor a tu grandeza!

Su imaginación viva y creadora sugirió simultáneamente el medio de aprovechamiento de su reciente hallazgo.

De vuelta a su laboratorio con las muestras del nuevo metal, comprobó que este era maleable como los metales preciosos hasta entonces conocidos e inalterable bajo la acción de los ácidos y otros agentes químicos.

Terminadas las pruebas, abrió una cartera para averiguar si le habían introducido algunas cartas, y encontró: primero, una carta de Francisco Filántropo, uno de sus mejores colaboradores residenciado en el extranjero, y leyó, entre otros párrafos: “Todo ha sido arreglado por la compañía según tus instrucciones. Recibe mis felicitaciones por el éxito de tus conquistas científicas. Ellas serán de seguro, altamente beneficiosas a nuestra patria”.

Luego una tarjeta de su primo Antonio, invitándolo para el acto de su graduación que había de efectuarse el día y hora en que se encontraba internado en la montaña, sorprendido por su último descubrimiento. Lamentó aquella coincidencia que le había privado de asistir a las ceremonias de aquel acto y se preparó para efectuar una visita de congratulación en la cual presentaría excusas a su primo, aprovechando al mismo tiempo, como acostumbraba, para llevarle un pliego contentivo de algunas ideas originales, relacionadas con la elaboración de la nueva doctrina que representaría la última y más perfecta creación legislativa de su patria.

A los muelles de los principales puertos de la nación, comenzaron a llegar nuevos artefactos con el nombre de «máquinas para matar plagas de la agricultura y de la cría», de las que se afirmaba que tenían un radio de acción poderosísimo, para la aplicación de modernos insecticidas, las cuales habían sido pedidas por muchos comerciantes y hacendados jóvenes por órgano de un representante que las distribuía.

Estas máquinas operaban mediante la introducción de unas cápsulas portadoras del nuevo agente exterminador, y se aseguraba que sería la última

palabra en materia de extinción del paludismo por su gran poder y eficacia para matar zancudos, sin efectos nocivos para el hombre.

También venían las cápsulas en grandes cantidades; pero éstas eran clasificadas por el repartidor. Agente de la Fábrica, mediante una contraseña muy bien disimulada puesta en las cajas que las contenían.

Francisco Filántropo arreglaba sus últimos contratos con el gerente de la fábrica, cuyos dueños eran conterráneos y aliados secretos de Juanito, cuando recibió una carta de éste concebida en estos términos:

«Mis últimos descubrimientos han dado origen a nuevas fórmulas que pueden ser eficaces por sí solas o aliadas a las normas ya trazadas».

«Al efecto, necesito tu colaboración. Me urge entrevistarme contigo».

«Arregla tus negocios con la Compañía y trasládame a ésta a la mayor brevedad».

Francisco emprendió su viaje y no tardó en llegar al lado de su amigo, el cual le habló así: Tengo un secreto que comunicarte y nuevas actividades que encomendarte: Un rico yacimiento de oro de 18 kilates cuya composición es exacta a la aleación de la cual ha sido acuñada nuestra moneda nacional está a nuestra disposición. El sitio de mi hallazgo es apropiado para la instalación disimulada de una maquinaria que nos permita la fabricación de monedas exactas a las que están en circulación en el país. Tú podrías encargarte de la dirección de esa maquinaria con algunos de nuestros más serios colaboradores, aprovechando ese metal que en la actualidad no exige trabajos de explotación, pues se encuentra sobreabundante en la superficie de un campo subterráneo de grandes dimensiones.

Dicha máquina se puede trasladar clandestinamente al país, en piezas separadas, construídas AD HOC, para ser armada en aquel sitio, ya que esa

clase de artefactos puede construirse con pequeñas dimensiones para grandes rendimientos, se hará asequible su traslado y fácil su manejo, por mínimo de personal.

Con ella se irán fabricando monedas que servirán a nuestros copartidarios más dignos, seleccionados al efecto, e instruidos en reuniones ocultas, para que vayan fomentando el prestigio de nuestra institución por medio de dádivas en casos de necesitados urgidos de protección. Eso no representaría un delito puesto que el metal es igual al de la moneda nacional, y al darlo a la circulación no nos moverá ningún fin lucrativo sino que, por lo contrario, aumentaremos el Tesoro Nacional con el producto de su tierra hasta que, dueños del poder, podamos legalizar esas actividades.

Por esto te exigí que vinieras, pues se trata de una confidencia intrasladable, muy expuesta a ser descubierta en una carta

—Como siempre estoy a tu mandar. Dame tus instrucciones.

Sacó Juanito una chequera de su maletín de viaje, escribió en una de sus hojas, firmó, arrancándola luego para entregársela a Francisco. Aquí tienes, dijo, entregándole el cheque firmado y una pequeña moneda con dos unidades de la reciente emisión oficial del país, como modelos para el grabado de los troqueles de fabricación.

—Harás construir la máquina en el taller siderúrgico de nuestros aliados, con las previsiones del caso, sin dar noticia de mi descubrimiento; aprenderás el manejo de dicha máquina, y cuando hayas terminado de remitir su última pieza y los repuestos que juzguen necesarios, te vendrás con el plano correspondiente para armarla y dar comienzo a nuestra labor. Solicitaremos la cooperación que sea necesaria entre nuestros adeptos más capacitados en mecánica y orfebrería y más digna de nuestra confianza.

Lo haré todo conforme a tus deseos, contestó Francisco alargándole la mano, después de haber abrazado su maletín; y se despidió con gesto de satisfacción y regocijo.

Antonio, quien en la última visita a su primo le había prometido someter a su consideración un proyecto de doctrina para que le hiciera las anotaciones que juzgase necesarias, llegó al siguiente día con un folleto en cuya carátula se leía:

«Doctrina de la Justicia».

«Camino de la Verdad y la Vida».

Juanito tomó el folleto, lo abrió y leyó de viva voz lo que parecía escrito a manera de preámbulo:

“El tiempo es el camino hacia la verdad. Sus formas ocultas por el velo de la fantasía van siendo desnudadas en el transcurso de los siglos”.

“Amar la verdad y defenderla es justicia; ocultarla es delito”.

«El engaño es delictuoso aunque se practique con fines intencionalmente moralizadores, porque establece el principio de la mentira que es un obstáculo al progreso de las ciencias».

«Las ciencias son los medios de llegar a la verdad».

«Amar la ciencia por sobre todas las cosas constituye la virtud más digna del hombre».

«La ciencia es el camino de la eternidad: Ama la ciencia».

Y continuaba su lectura mentalmente, la cual interrumpía de vez en cuando para dirigirle algún elogio al autor.

Luego, en otra parte del folleto volvió a leer en alta voz:

«Para establecer el principio de la inmunidad contra el contagio de las tendencias a las injusticias, los ciudadanos serán catalogados así: Muy buenos, buenos y malos. Estas categorías serán juzgadas según los actos delictuosos de cada individuo y sus correspondientes causas.

Las cárceles se dividirán en tres categorías con estas definiciones: Casa de Reclusión de los Justos en Desgracia, para los primeros; Escuela Cárcel de Perfeccionamiento Moral de los Injustos Ocasionales, para los segundos; y Cárcel Militar Educativa para los Injustos por inclinación».

En la portada de las primeras Cárceles se grabará lo siguiente:

«Aquí meditan los que aman la Justicia por inclinación pero fueron impedidos a delinquir bajo el influjo de una justa indignación no contenida».

«En el frontis de las segundas cárceles»:

«Aquí se instruyen aquéllos que ya, por conveniencias de mezquinos intereses de lucro o de otra naturaleza, dejaron de ser justos momentáneamente para cometer delitos que la ley condena.

«Y en la puerta de las últimas»:

«Aquí se doman las voluntades intransigentes que no reconocen el principio de la justicia, aplicándoles la fuerza que es su Ley hasta que

dobleguen la cerviz ante la ley, para luego someterlos a un sistema bajo las normas patológicas o physioeducativas a seguir en cada caso en atención al perfeccionamiento moral de los recursos.

«Sobre las bases de los principios establecidos en las leyendas puestas al frente de cada edificio, serán redactadas leyes y reglamentos de esas cárceles y educado especialmente el personal guardián de cada una de ellas».

«Estas medidas serán aplicadas a los adultos durante el período suficiente para borrar de los hombres toda inclinación a mentir y a practicar la injusticia en todas sus manifestaciones, por medio del aislamiento sin excepciones de los seres humanos, en la época de mayor plasticidad de la voluntad infantil bajo una dirección técnica de maestros especializados, seleccionados entre los que traen desde su origen la tendencia a la bondad que la heredada dignidad engendra y entre los que mediante una educación adecuada lograron desde su infancia al influjo de algunos de los raros maestros que han existido por casualidad, una verdadera y sólida inclinación a la justicia».

Cumplidas todas las gestiones concernientes a la fabricación de la maquinaria y luego de haber enviado sus piezas, Francisco regresó y todo fué tan bien dispuesto que la fabricación de monedas se hizo prodigiosa.

Una parte de estas monedas, con discreción y en abundancia era puesta en mano de los que componían la «Legión de Filántropos», designada por la «Sociedad Protectora de los Hermanos en Desgracia» que había sido creada por Juanito.

Aquéllos distribuían dichas monedas a todos los necesitados y esto le dió tanto prestigio a la sustitución que en poco tiempo se captó la voluntad casi unánime del país y su fama se hizo universal.

Las promesas de protección cumplidas y, aun más, las realizaciones sin promesas son el mejor acicate para la atracción de las voluntades hacia la completa unificación en vías de todo interés de patria.

El dinero bien administrado es una de las armas poderosas indispensable en todo ideal de conquista: con él pueden paralizarse los instintos criminales de los hambrientos en asecho: semillero de prosélitos para los grandes farsantes; causa de la ignorancia resignada; motivo de voluntarias humillaciones colectivas, germen de infinitas calamidades humanas.

Y mientras se hacían los preparativos para el gran golpe mortal a la clase privilegiada en el poder, la «Sociedad Protectora de los Hermanos en Desgracia» creaba escuelas en cuyas portadas se leía en grandes caracteres en la parte superior:

«Puerta de las Ciencias» y al centro: «Niños, entrad aquí libres de superstición y fanatismo, y conoceréis el camino de la verdad y la justicia».

A la entrada, después del pórtico, dos espaciosas galerías laterales provistas de todos los enseres de comedor en grandes cantidades, y en un pizarrón rectangular caracteres sobre relieve rezaban: «Para emprender el camino de la verdad y la justicia necesitas energías bien equilibradas; provéete aquí de ellas».

Al atravesar un pasadizo un gran salón con diversos cuadros murales, numerados, provistos de cortinas anilladas en barras de metal pulidos. El cuadro número uno tenía grabadas en letras minúsculas silabas en colores así: ma en rojo, má separada en azul; debajo de estas dos silabas separadas sin guión, las dos unidas conservando sus correspondientes colores, y debajo

de éstas las mismas sílabas unidas, pero ambas en negro. Así en el primer cuadro se distinguían sonidos y combinaciones de éstos; pequeñas figuras en colores, evocativas de frases y oraciones cortas, y además ciertas novedades pedagógicas que sería prolijo enumerar, se iban observando en aquellos cuadros del salón número 1 como en los siguientes salones hasta llegar al número 6.

Más adelante, en un campo agrícola, una casa rústica donde había toda clase de herramientas para esas actividades; y contigua a ella otra casa con espaciosos salones, cada uno provisto de un equipo especial para el aprendizaje del arte al cual estaba destinado.

Y siempre la leyenda de rigor: «El manejo de todos estos instrumentos constituye la gimnasia de esta escuela. He aquí los aliados más poderosos de la ciencia: Aprende a utilizarlos. Este es el último paso en la primera jornada por el camino de la verdad y la justicia; no vaciles en darlo. Con ello la mente se recrea, el organismo se fortalece y las energías crecen en progresión incalculable.

De edificio a edificio se iba pasando gradualmente hasta llegar al último de ellos en donde había una gran Biblioteca contigua a grandes salones provistos de toda clase de esqueletos, metales, arcillas etc. y una variedad de artefactos científicos en su orden correspondiente.

Al entrar a la Biblioteca se distinguía un cuadro enmarcado en cañuela dorada, provisto de un nítido cristal de roca, en el cual había impreso el siguiente párrafo:

«Este salón alberga las memorias de las últimas jornadas por los senderos de las ciencias: Los estúpidos no las entienden; mediocres las leen: los genios las enriquecen. Puedes ser uno de éstos; para averiguarlo he aquí un medio: Piensa, cuando las leas, libre de prejuicios y convencionalismos.

Así contribuirás a hacer más amplio y asequible el camino de la verdad y la justicia».

Estas escuelas iban tomando tal prestigio y haciéndose tan famosas que los enemigos del progreso entre ellos algunos levitas de corta mentalidad se escandalizaron por la poca asistencia a las escuelas oficiales y semioficiales; pues a las primeras sólo asistían por imposición de sus padres los hijos de los amigos incondicionales del régimen político imperante, y a las segundas, descendientes de ignorantes fanatizados sostenedores de intriga en acción, obstaculizadora del progreso científico y cultural de la patria.

Los periodistas mediocres juristas improvisados, oponían la razón natural a la razón jurídica, o viceversa, según fuera la conveniencia de sus intenciones para anular la acción orientadora de aquellas instituciones.

No demoró la consiguiente explosión de protesta contra todas las actividades filantrópicas de la Asociación, promovida por los misántropos enmascarados.

Pero ya las escuelas habían dado su fruto. Las máquinas apuntaron sus baterías manejadas por una juventud consciente, no ya cargadas con las cápsulas insecticidas sino con las portadoras de gas letárgico contra los soldados, y los jefes que caían aletargados y eran desarmados fácilmente y encarcelados.

Juanito fué llevado en hombros al Palacio Presidencial bajo las más calurosas ovaciones que jamás presenció la humanidad; y la prosperidad y la cultura establecieron el orden en aquel país que llegó a ser el centro más adelantado en las ciencias y las artes, y muy elogiado en todo el mundo.

FIN

TEXTO DIGITALIZADO PARA USO ACADÉMICO Y EDUCATIVO, SIN FINES DE LUCRO.

Transcripción, corrección, diseño y diagramación:

Licdo. Frank Omar Tabasca

frank_otl@hotmail.com

La Asunción, estado Nueva Esparta

Noviembre de 2024